

ataque, ni permitirles escoger un terreno favorable para la batalla, Josué se presentó ante ellos y los aniquiló junto a las aguas de Merom. Hazor y todas las plazas del contorno fueron conquistadas, con el exterminio de sus habitantes.

Tras estas campañas, que duraron siete años, podía decirse que los hebreos controlaban el país.

Podía ya empezarse el reparto de tierras entre las doce tribus. No fué tarea fácil para el conquistador, porque además de la suerte sagrada, había que tener en cuenta las pretensiones tradicionales de cada uno de los clanes y los derechos adquiridos con la punta de la espada. Ante las protestas y reclamaciones, Josué tuvo que imponer su autoridad. Poco antes de morir reunió al pueblo, tomó una gran piedra, la puso en pie bajo el terebinto que estaba en el santuario de Yahwé, y dijo: «He aquí esta piedra, que será testigo entre nosotros, porque ha oído todas las palabras que Yahwé os ha dicho; que ella sirva de testimonio para que no reneguéis de vuestro Dios».

EL LIBRO DE JOSUE

Tal es el argumento del libro bíblico, que lleva el nombre del conquistador de Palestina. Se nos dice que Josué «escribió aquellas cosas en el libro de la Torah». Es un relato vivo y realista, en que se reflejan con fuerza las pasiones, las preocupaciones, las violencias del momento. Nada en él de adornos legendarios; nada de los paisajes poéticos que encontramos en los libros de Moisés. Sin embargo, la naturalidad, la sencillez y la viveza de la narración forman notable contraste con los hechos estupendos, que forman la trama histórica, y con frecuencia el estilo nos recuerda las composiciones épicas de los clásicos. Hay pasajes llenos de gracia y de he-

leza, como el incruento diálogo de los exploradores con Rahab, la cortesana de Jericó, que sería contada entre los antepasados del Mesías como la escena sublime de la toma de esa ciudad con la maldición que sobre ella pronuncia el caudillo: «Maldito sea en presencia de Jehová el hombre por quien esta ciudad vuelva a ser; sobre sus primogénitos ponga él sus cimientos y sobre su unigénito alce sus puertas»; como la promulgación de las bendiciones y maldiciones sobre el pueblo, apostado entre los montes Gebal y Garicim; como el mandato de Josué al sol y a la luna durante su lucha con los amorreos; como el discurso de Caleb pidiéndole a Josué la región de Hebron; o las gravísimas palabras de Fincees a los hijos de Rubén y Gad, y la respuesta de estas tribus; y los mismos discursos de Josué, que si no tienen la sublimidad de pensamiento y la entonación lírica de los de Moisés, distínguense por su dulzura y la fuerza de insinuación propia de las exhortaciones de un padre a unos hijos que prevé no seguirán por los caminos de la justicia y el apego a sus tradiciones religiosas.

Aunque Josué escribiese algún relato de sus hazañas, no se puede saber con certeza que sea él el autor del libro que lleva su nombre; aunque podemos estar seguros de que no es muy posterior a los sucesos que narra. Vemos, por ejemplo, que cuando se escribía, los jebuseos eran aún dueños de la fortaleza del monte Sión. Su credibilidad histórica es admitida por los mismos racionalistas, aunque, como es natural, sus prejuicios doctrinales les impidan admitir los episodios milagrosos: «Hay tal color de vida —dice uno de ellos—, que no hay derecho a dudar de la historicidad del conjunto».

EL SOL QUE SE DETIENE

Hay un pasaje que nos obliga a hacer un comentario especial. A propósito de la batalla